

Racconti

Juan José Macías

Recuerdo de Iriel

De Iriel siempre tuve el recuerdo de aquella muchacha de preparatoria de la que estuve enamorado, una Iriel siempre la misma, sin cambios en su fisionomía, sin afectaciones en su rostro de hermosa joven de discreto perfume y maquillaje. Entonces teníamos diecisiete años, nos hicimos novios desde el primer semestre y nos ayudábamos en las materias, ella a mí con matemáticas y física, yo a ella con ciencias sociales y lectura y redacción, sobre todo los días previos a los exámenes. Iriel llegó a la ciudad de F por decisión de su hermano que un año antes se había integrado a la nómina docente de la prepa, y fue también su hermano que, siendo en cierto modo un tutor para ella tras la muerte de su padre, previendo que nuestra relación se fuera tornando más pasional, más íntima, decidió regresarla de manera intempestiva a la mitad del tercer semestre a la ciudad de A, de donde ellos son originarios. Claro que él no me arrojó a la cara su hipótesis sobre nuestro acrecentamiento pasional, eso lo supe por Iriel semanas después. El maestro, al abordarlo en los pasillos de la escuela para preguntarle por Iriel, solo me dio una respuesta seca y ninguna explicación: ella había regresado a casa de su madre a continuar sus estudios en A, y eso fue todo. Ahora escribo esta historia cuyo final podría, para el lector, resultar un tanto narcoléptico, una especie de paramnesia que para mí tiene base en un propósito que el tiempo venció, y acaso también la nostalgia por saber de Iriel más allá de su recuerdo, de ese recuerdo que guardé por años prometiéndome que no, que jamás lo traicionaría. Porque recordar a Iriel, verla en esa foto de carnet escolar que aún guardo en un libro, me hacía verme a mí en esa edad lejana, muchacho flacucho y con morral al hombro, asistente a conciertos de folclor latinoamericano y células marxistas. Por eso hoy que en algún sitio es otra vez Iriel conmigo, que en algún sitio vuelvo a ser yo otra vez con Iriel recomenzando, pruebo con la escritura, refugio que me recompensa de otro modo de esa lejanía siempre que rescato un recuerdo para contarlo. De un recuerdo el escritor de cuentos debe conseguir esa tensión, resultante de pasar de la potencia al acto, tensión que es un presente, un acto puro donde la potencia de ser y no ser, de hacer y de no hacer quedan de manifiesto, la historia por ejemplo de mi segundo y definitivo reencuentro con Iriel años después, mucho tiempo después de que carente de medios económicos solicité un préstamo a un amigo quien, confesionalmente, robaba a su padre adinerado, para decidirme a buscar

a Iriel en A por primera vez, rescatarla de la cueva del dragón, reclamarla por derecho de querernos. De la ciudad de A yo conocía a Flama y la ubicación de su casa en la calle Talamantes. Flama en aquel entonces era novio de Dalila, sobrina de Iriel. Meses antes habían llegado de visita a F, para la cena de Navidad, e Iriel me presentó con ellos. «Nos ha hablado mucho de ti durante las últimas vacaciones de verano», los escuché decírmelo desde su calidad de muchachos locuaces, festivos; los dos más bajitos que yo, pelirroja ella y con pecas en el rostro, moreno él y un poco patizambo, los dos como uno solo en contar anécdotas traviesas. Me simpaticizaron de inmediato, creo que yo también les caí bien, pues Flama anotó la dirección de su casa en una de mis libretas, cosa que me facilitó en su momento el traslado por primera ocasión a la ciudad de A en donde vi a Iriel dos semanas después de su baja en la preparatoria, de su repentina y dolorosa partida. Y la verdad yo no esperaba otra cosa, no había yo viajado a A para regresarla conmigo, de qué manera por otra parte, bajo qué condiciones si todo se nos presentaba adverso, desfavorable: la edad, la escuela, el evidente rechazo a nuestra relación por parte de su hermano.

Puedo decir, sin embargo, que pasamos en A un par de días radiantes, con visitas a parques y cafeterías, dos parejas de jóvenes sin responsabilidad ninguna, gozosos a su manera, que buscaban al final del día una calle solitaria y umbrosa para sus besos y caricias. Dos jóvenes parejas enamoradas y entre las dos una de inútiles promesas de volverse a ver pronto, pero con la resolución callada y fatal de despedirse para siempre, era lo mejor, aunque tal vez, quién sabe, dejémoselo al tiempo. Al tercer día me acompañaron los tres a la central camionera. Aún existe ahí una capilla donde Flama se ofreció a casarnos sin habérselo pedido, sacramento que juzgaron herético algunos viajeros irascibles, lo recuerdo muy bien y lo pongo por escrito para fijarlo como acto perpetuo. Fue divertido el momento. Fue triste la despedida.

A pesar de que regresé muchas veces a A por razones distintas, nunca volví a ver a Iriel, hasta aquella ocasión cuando, por una invitación a pre-

sentar mi último libro de cuentos, arribé de nuevo a la ciudad. Cierto que cada vez que regresaba a la ciudad de A visitaba a Flama en su casa de Talamantes, casa de sus padres, cuando me daba el tiempo para hacerlo, luego también en su casa de la calle Rayón tras haberse casado con Dalila luego de un largo y arraigado noviazgo. La verdad es que me rehusaba a verla, a sabiendas de que mis amigos podían planear para mí un encuentro con Iriel, incluso varias veces llegaron a proponérmelo en tiempos en que Iriel aún se mantenía soltera, también ya estando Iriel casada y hasta cuando me anunciaron su divorcio. ¿Por qué no lo hice? Por preservar, como ya he dicho, su recuerdo, por no saberla distinta de como ella era, la estudiante de preparatoria que me ayudaba con las materias que yo no entendía, que me contrariaban. Pero cómo entenderlas sin Iriel, si Iriel era $x^2 + y^2 = z^2$ en un número infinito de soluciones enteras positivas; si la energía y la materia y Alberto Einstein y Lev Landau eran Iriel, y a la postre su recuerdo un vórtice de succión infinita del que siempre quise evitar su punto de presión negativa e infinita también que lo desapareciera, un maelstrom absorbente y el temor absurdo, estúpido, de verla un día desemejante con el maltrato del tiempo en su rostro bello, y al final la verdad revelada de que era más bien yo con mi temor a envejecer, mi enojo idiota y narcisista de saberme un tanto obeso y encanecido.

Aquel día llegué en autobús muy temprano a la ciudad de A. La presentación del libro la habían programado por la noche, así que decidí pasear un poco, ir a alguna librería donde pude comprarme la antología de cuentos de Efrén Hernández y un par de cuadernos para mis notas, luego visitar la casa de Flama y Dalila como a eso de las tres de la tarde, sin aviso previo, pensando que les sería grata la sorpresa. Y en verdad fue así, nada distinta a como siempre sucedía: una botella de tequila y cigarrillos después de la comida, la plática de sobremesa sobre los tiempos de juventud donde Iriel estaría presente, como siempre. Ignoro todavía por qué esta vez les pedí un encuentro con ella, casi veinticinco años después. Se formó un silencio en torno nuestro, un silencio que hablaba, que se hacía un lugar

a pesar de los gritos de los hijos de mis amigos, adolescentes unos y otros casi adultos, que peleaban o discutían frente al televisor de la sala de estar. La única en hablar fue Dalila.

—Siempre ha sabido que nos frequentas, no sé si alguna vez te lo dijimos, supongo que le alegrará volver a verte.

Casi iba a decir que me arrepentía de la propuesta cuando escuché la manera en que planeaban entre ellos, sin tomarme demasiado en cuenta, nuestro reencuentro. Al día siguiente, por la mañana, me acercaría en su auto a casa de Iriel, después yo tomaría sin ellos cualquier resolución. Y así lo hicimos.

Escribir sobre la base de un recuerdo no es cosa sencilla, más si ese recuerdo se encuentra en la inmediatez, en los alrededores de lo próximo. El escritor de cuentos sabe que un recuerdo debe enfriarse un poco para poder beberlo, mirarlo a cierta distancia a fin de obtener de él una visión total, completa; es necesario también perderlo un poco, pues solo las cosas que se han perdido merecen ser contadas, aunque mi caso es distinto, yo había vivido con el recuerdo de Iriel hora tras hora, año tras año, eso había definido en cierto modo mi lado Funes de recordación particular; y ese recuerdo me había acompañado durante las tazas de café por las mañanas, los paseos de domingo, lo había llevado a los bares, a la cama, lo había entibiado con un beso en su frente de recuerdo, en sus acaramelados labios de recuerdo, lo había acariciado furtivamente en los cines durante las películas de Martin Scorsese o Federico Fellini, lo había olido

como a la pantera que, en un bestiario medieval, «expande por todas partes su perfume, pero no reside en ningún lugar», lo había amado en fin como se ama a una mujer, en este caso Iriel, ella que seguro pronto ya no iba a ser Iriel al aparecer tras la puerta de su casa a donde me habían conducido mis amigos esa mañana, puerta que yo golpeaba con timidez, con mi pasado auestas, con el miedo de encontrarme con otra Iriel, una Iriel diferente, ya no la misma Iriel cuando la puerta se abriera a mi llamado como entonces se abrió. No me sorprendí cuando la chica que abrió finalmente la puerta me la hizo recordar, una de sus hijas claro, pensé, tan igual a Iriel, tan Iriel en mi recuerdo: esa blusa recatada, esa falda con pliegues al límite de la rodilla, el pelo rizado y recogido por detrás de la nuca, el maquillaje discreto, la sonrisa haciendo sus labios más delgados.

—Hola —me dijo, en tanto me miraba con esos ojos que no podían pertenecer más que a Iriel. Tras devolverle el saludo le pregunté de inmediato, con un tono de voz que advertí de otra época, si estaría su mamá—. No —me respondió, ella sí con esa voz aún amada, memorable—; puedes pasar, mi mamá salió, repasemos las materias, no he olvidado que esta semana hay exámenes.

Obedecí a su propuesta sin demora, me daba cuenta que llevaba conmigo mis cuadernos de notas bajo el brazo.

Ciudad de Zacatecas, 18 de diciembre de 2023

Fantasmas

¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.

James Joyce, *Ulysses*

—Son tus fantasmas, Aníbal —me expresó Elena cuando le dije que había escuchado ruidos en la cocina. Soñaba una pesadilla de la que escapé, despertando. Sería como la una de la mañana—. Son tus fantasmas que dices que te persiguen.

De niño los veía salir de la boca desdentada de las tres abuelas, mientras fumaban en el patio al aire dorado de la tarde, sentadas cerca de las mace-tas sobre unos pequeños bancos de madera de tres patas, así tomaban descanso luego que regresaban de vender comida en el mercado. Los vestían con sus palabras, les ponían sombrero de charro, de fieltro o vestidos de novia, los sembraban por todos los rincones húmedos para que yo me asustara al verlos, suponerlos agazapados tras los sofás pringosos, un ovillo de ropa sucia o detrás del árbol que se alzaba en medio del gallinero. Invisibles, los veía entrar por las ventanas cuando sin corrientes de aire las cortinas se movían. Los escuchaba, incluso a través de la piel, tirar un cenicero, un cántaro, un bibelot acomodado encima de la vieja chimenea, quebrar un plato o arrojar una tartera contra el piso de la cocina. Sólo mamá, al igual que Elena, no creía en fantasmas; de los ruidos culpaba a los ratones para ahuyentarme el miedo, sacarlo a escobazos hacia la noche de afuera. Yo no sabía a quien creerle, si a mamá o a las tres viejas mujeres que la criaron casi desde recién nacida. El abuelo, que siempre estaba ausente, cierto día apreció con una bebé güerita que trajo de no se sabe donde y la entregó sin dar explicaciones a sus tres hermanas. Después de eso, al abuelo jamás se le volvió a

ver, rumoraban las viejas que se lo había comido un puma en su trajín por la sierra.

—¿Qué hacías lejos de la cama, Elena? Ya es muy noche. ¿No escuchaste los ruidos?

—Fui por agua a la cocina y me tropecé con una silla del comedor, luego salí a fumar a la puerta de la calle. Sigue en tus sueños.

Cuando mamá se casó, no quiso abandonar a las abuelas y pidió a papá vivir con ellas. Mi padre era comerciante en ropa, compraba a los fabricantes y repartía en las tiendas de otros pueblos y lugares. Constantemente viajaba. La primera vez que vi un fantasma mi padre desapareció. También desapareció Carmela, hija de otro de los dos hermanos de las viejas mujeres. Carmela era bonita, tenía casi la misma edad de mamá, aparecía como un aroma de perfume cuando sabía que papá estaba de regreso en casa. Tendría entonces yo escasos cinco años. Mi madre decía que yo tenía fiebre esa noche. Recuerdo que la sed me despertó. Al descender de la cama y dirigirme a la cómoda donde mamá ponía el jarrón de agua, casi tropiezo con la enorme aparición. Vi recortada su silueta alzada en medio de la alcoba oscurecida. Quedé paralizado no sé cuantos segundos. No se le podía mirar el rostro, pero le descubrí un ademán que me ordenaba, agitando un brazo hacia adelante, que regresará a mi sueño. No había necesidad de que me lo pidiera, eso fue lo que hice, subir despavorido a la cama y cubrirme por completo con la cobija. Mi corazón no paraba de golpearme, su percusión no me permitía escuchar si el fantasma continuaba ahí. Tras un largo momento me di valor y asomé la cabeza por arriba de la cobija: ya no estaba. Desde entonces escucho o veo fantasmas, o lo que Elena suponía mis imaginéras.

—Imaginaciones, Aníbal. *Imaginería* se les llama a los bordados en seda.

—Imaginaciones, entonces, Elena.

Elena también era bonita, pero bonita como una rosa dos días después de ser cortada, debido a su desdicha emocional. Su vientre no sabía retener a los bebés más allá de los tres meses. Bordaba a mano. Bajo pedido bordaba manteles y servilletas, con eso quería ayudar a la economía del hogar. De-

cía que le fastidiaba no hacer nada mientras que yo me distraía en el taller. Era muy nerviosa, yo creo que bordaba por eso; pero tenía razón, el trabajo de un carpintero ebanista es muy placentero, muy entretenido; el tiempo corre de prisa como una lijadora sobre la madera en la hechura o restauración de mesas, sillas y armarios de cocina. Me gusta mi trabajo y siempre había creído que el olor a madera y brea ahuyentaba a los fantasmas, contrario al olor del cigarrillo que los atraía, como cuando fumaban las tres abuelas y los hacían aparecer en forma de hilitos azules cuyo olor me causaba náuseas. Elena fumaba, pero no en el interior de la casa. Ella no liaba los cigarrillos como las abuelas. Recuerdo que era entretenido verlas liarlos, colocar el tabaco oscuro en pequeñas hojas de maíz, sin prisa, para enseguida envolverlos con saliva. Todo un ritual. También recuerdo que así lo hacían aquella tarde cuando las oí murmurar que a papá se lo había comido un puma que bajó a un pueblo cercano a la sierra. Mi madre las contrarió, les hizo ver que a lo mejor se lo había comido Carmela, o más bien el enorme trasero de Carmela. Les dijo que cierta vez la había sorprendido inclinarse por delante de mi padre simulando tensar la tela de las medias hacia arriba de sus pantorrillas, de modo de restregarle el trasero a su marido a la altura de la bragueta. Las viejas desacreditaron su acusación, mostrando esa sonrisa pegada a sus encías.

—¿De dónde vienes, Elena? ¿Escuchaste los ruidos?

—Me puse a lavar los platos de la cena. Se me resbaló uno.

Aquel mes de julio tuvimos la peor de las canículas que yo recuerde, las noches eran igual que el día de calurosas. Suponía que a Elena esas noches y los mosquitos, multiplicados por su insensata insistencia, no la dejaban dormir. Yo dormía de puro cansancio, tras de leer un libro sobre teosofía, necromancia o de cualquier otro tema, ver un rato el televisor después de la dura faena en el taller, ubicado por fortuna a un lado de la casa, eso me evitaba salir. A Elena y a mí no nos gustaba la gente del pueblo, mucho menos sus murmuraciones, lo que decían de nosotros y que yo simulaba no escuchar;

las mujeres del pueblo me recordaban a las hermanas del abuelo al que jamás conocí, sus historias tan parecidas a las de papá y Carmela. Historias que siempre comienzan con prender un cigarrillo, por eso a mis clientes les prohibía fumar en el taller. Me sabían huraño, bastante insociable. Trataba, sin embargo, de aminorar en ellos esa percepción. Es peligroso, les decía, la madera es muy inflamable a causa de la resina. La sierra eléctrica también me ayudaba mucho en hacerlos callar cuando trataban de iniciar una conversación. No hay nadie, que yo sepa, que no guste de las habladurías; a mí me gustaba trabajar a solas, no que mis clientes con sus intrigas me alejaran de mis reflexiones, de cavilar sobre las almas en pena que hacen de cualquier casa un espacio vocálico para advertirnos de algo, bueno o malo, no se sabe. Alguna vez deliberaba con Elena que los fantasmas son palabras que por alguna razón quedaron atrapadas en forma de murmullos entre cuatro paredes, o que viajan hasta nuestros oídos llevados por el viento mientras se camina por calles donde ha habido crímenes. Crímenes pasionales, sobre todo. Suicidios por amor. El amor es el mayor creador de fantasmas a través de los celos que llevan a que un hombre o una mujer cometan suicidio o asesinato, decía a Elena.

—Deshazte de tus fantasmas, por amor a Dios, olvídalos o mátalos.

—No se puede matar a un fantasma.

Mamá no mató a papá, pero les hizo una sepultura a él y a Carmela en un lugar del corral, ahí sobre una piedra muy grande pintó sus nombres bajo una cruz. Una noche de aire inmóvil, desde mi habitación escuché que golpeaban con la aldaba la puerta exterior de la casa, mamá fue a abrir.

—Déjame entrar, güera, vengo a pedirte perdón.

—Tú estás muerto, te comió un puma, me lo hicieron saber.

—Pues ya vez, aquí estoy.

—No eres tú —y cerró la puerta.

Pregunté a mamá: ¿Era mi padre? ¿Por qué no me dejaste verlo? Los fantasmas son invisibles, me dijo. Pero yo los he podido ver, al menos en dos ocasiones, aquella noche que miré a papá despedirse

de mí en forma de aparición, y esa otra noche de canícula en que presencié dos sombras moviéndose en la cocina. Hacía ese calor infernal. El aire estaba revuelto y golpeaba contra las cortinas de las ventanas de la sala, abiertas de manera invariable durante el mes de julio. Como siempre, el miedo se apoderó de mí, un miedo a morir o tal vez a vivir, en tanto caminaba sigiloso por entre los muebles de la casa, ningún objeto debía de ocasionarme un traspíe. Pensé en Elena que estaría fumando en la calle a pesar de ser muy tarde. Y sí, había ese olor a tabaco quemado incluso en la cocina. Y pude percibir otro, un olor corporal, como de leche fermentada en la medida que yo avanzaba y me colocaba a unos pasos del comedor, atraído por los ruidos intrusos. Las sombras eran nítidas, una sobrepuesta sobre la otra, pensé en Carmela inclinada por delante de papá, aunque esta vez una de las sombras apoyaba su torso sobre la mesa del comedor mientras la otra, erguida, se movía a sus espaldas. Estuve ahí por un breve tiempo tratando de ajustar mis ojos a la oscuridad, sin saber qué hacer, ya no era un niño como para regresarme a la cama y escudarme tras las cobijas. Eso sí, escuchaba mi sofocada respiración que trataba yo de contener y que se confundía con los otros resuellos convulsos que las sombras también intentaban acallar. De pronto, la sombra erguida, tras una rápida maniobra se acomodó las ropas y vino de prisa y directo hacia mí; sorprendido, no pude evitar que me derribara por abrirse camino hacia la puerta a la calle. La otra sombra se quedó conmigo a solas, sin moverse por un rato. Me incorporaba del suelo cuando escuché su voz.

—Aníbal, te lo suplico, no vayas a hacerme daño.

—No se le puede hacer daño a un fantasma, Elena.

Regresé a la cama. Al otro día Elena había abandonado la casa. Yo simplemente he continuado con mi vida, pero permitiendo ahora que mis clientes fumen en mi taller y me participen de sus hablillas. Quizás espero saber un día que a Elena se la ha comido un puma.

Día de los Inocentes 2023